

como hemos dicho, una realidad los principios constitucionales, y estaremos siempre prontos á elogiar la conducta de las autoridades cuando estas procedan rectamente, y no se empleen en herir á la inocencia las armas y el poder que recibieron para defenderla. »

(*La Revista de Melo*).

Un discurso pedantesco

Timoteo—¿Se puede entrar, señor amo?

Yo—Adelante, *Timoteo*. ¿De qué te ries?

Timoteo—Já, já, já!... qué gracioso es esto!

Yo—Pero de qué te ries?

Timoteo—De un discurso muy noble y gustoso, como la música que prometia á sus feligreses el padre Caporrino. ¡Qué discurso tan *idiosincrático*!

Yo—Qué dices, *Timoteo*?

Timoteo—Que traigo á su merced una pieza *metamórfica*.

Yo—Y qué es eso de pieza *metamórfica*?

Timoteo—Eso es... una arenga *proliferante*, sí, señor.

Yo—No te entiendo.

Timoteo—Ni yo tampoco me entiendo; pero la verdad es que no hay cosa más *antropogénica*.

Yo—Mira, si no estás loco, lo pareces.

Timoteo—En cambio, hay otros que no lo parecen y están locos de remate. Sin embargo, crea su merced que el discurso es como un *bloque errático*.

Yo—Lo que creo es que tú quieres burlarte de mí.

Timoteo—No, señor, de ningún modo. En todo caso me burlaría del autor de la obra, que al parecer ha querido burlarse del público que lo escuchaba.

Yo—Pero qué es ello, con mil diablos?

Timoteo—No lo oyó su merced? Un discurso verdaderamente *micenio*, señor amo.

Yo—Déjate de tonterías.

Timoteo—Dijo no sé quién á propósito de lo mismo: los necios dicen tonterías y los sábios las hacen. . . . ¡Oh sombra de Sayago!

Yo—Y á qué viene esa exclamación?

Timoteo—Oh! difunto Sayago, cómo has tenido imitadores! Si tú, para significar que habías llegado en carreta á Montevideo, decías *gongóricamente*:—Vine en un vehículo trepidante, del que tiraban cuatro robustos cornamentarios;» uno de tus imitadores. . . .

Yo—Al grano, *Timoteo*. ¿De quién es el discurso?

Timoteo—Del célebre y nunca bastantemente ponderado autor de una epístola al Coronel Torre, en que le llamaba *distinguido compatriota*.

Yo—No recuerdo á quién aludes.

Timoteo—A un prócer uruguayo, que hasta hace poco perteneció al número de los *ilustres proscritos*. . . . por el tenor de don Juan Cárlos Gomez.

Yo—No caigo, *Timoteo*.

Timoteo—Pues hablo de un famoso economista y de un famosísimo literato. . . . en fin, de doctor don Angel Floro Costa, que es una gran cabeza.

Yo—En verdad, *Timoteo*, el doctor es un tanto lento....

Timoteo—Sí, señor, una gran cabeza.. en cuanto á las dimensiones materiales. Ahora en cuanto al meollo, su merced juzgará despues de oír el discurso.

Yo—Entonces principia la lectura.

Timoteo—Abra los oídos, señor amo. Empieza—«Noble poeta laureado.»

Yo—A quién se dirige el orador?

Timoteo—A S. E. el Ministro don Aurelio Berro, en el acto de entregarle....

Yo—Ya estoy, *Timoteo*.

Timoteo—«Noble poeta laureado: He recibido del Jurado de que formo parte, el honroso encargo de colocar *sobre* vuestro pecho....

Yo—Sobre vuestro pecho? Ese es un galicismo, en mi opinión.

Timoteo—Y tambien en la mia, señor amo. Me parece que don Angel Floro Costa debió decir—«He recibido del Jurado de que formo parte, el honroso encargo de colocar *en* vuestro pecho... la primera medalla de honor con que la patria agradecida premia al inspirado cantor de sus glorias.»

Yo—Buen principio, *Timoteo*, si exceptuamos el *sobre*.

Timoteo—Mal principio, señor amo, porque encierra una atroz mentira. La patria no ha premiado al señor Berro. Quien lo ha premiado es la Comision del monumento á la Independencia Nacional. Conste, pues, que el doctor don Angel Floro ha faltado á la verdad en esta parte. La patria no ha tenido nada que ver en el asunto de los premios.

Yo—Apoyado, como dicen los que ganan trescientos duros al mes.

Timoteo—Otro párrafo delicioso—«Hay una predestinacion misteriosa que marca de antemano la hora».... Respóndame su merced: ¿no es una redundancia, ó más bien un absurdo decir que hay una *predestinacion* que marca de *antemano*....? Pues si no marcára de *antemano* sería

predestinacion? Tanto vale eso como decir:—Yo voy arriba, yo bajo abajo, yo entro adentro, yo salgo afuera, yo retrocedo para atrás, yo avanzo para adelante...

Yo—Basta, Timoteo. Continúa.

Timoteo—«Hay una predestinacion misteriosa que marca de antemano la hora en que deben caer las naciones y el derrotero que están llamadas á recorrer dentro de la inmensa zona zodiacal en que se agita la vida de las sociedades.»

Yo—¿Dentro de la inmensa zona zodiacal? Y en dónde queda esa zona?

Timoteo—Si no está en el magin de don Floro, señor amo, no existe en ninguna otra parte. La geografía solo nos habla de cinco zonas, que son: una tórrida, dos templadas y dos glaciales. Yo no conozco la zona zodiacal á que se refiere don Angel.

Yo—Tal vez sea una figura retórica. Adelante, Timoteo.

Timoteo—Prosigo—«Es obedeciendo á esa ley evolutiva de la humanidad, que cuando sonó la hora de la nuestra, luchamos abnegados por hacernos libres é independientes.»

Yo—Cuando sonó la hora de la nuestra. . . . de nuestra humanidad, Timoteo?

Timoteo—No, señor, de nuestra vida social.

Yo—Entonces el párrafo. . . .

Timoteo—Está construidito como por don Angelito Florito, que es un abogadito y un literatito muy sabiondito.

Yo—Pero un poco oscurito. Lee nuevamente el párrafo.

Timoteo—«Es obedeciendo á esa ley evolutiva de la humanidad, que cuando sonó la hora de la nuestra, luchamos abnegados por hacernos libres é independientes.»

Yo—Pues no hay más, Timoteo. Al doctor basta se le fué lamula.

Timoteo—Y qué se le irá cuando dice que luchamos abnegados por hacernos libres é independientes?

Yo—Al revés te lo digo, para que lo entiendas. Pueblo independiente es el que no depende de ningun otro de la tierra; y pueblo libre el que puede hacer todo lo que quiera, de acuerdo con las leyes que se ha dictado. Pero para ser libre, tiene que haber conquistado primeramente su independencia.

Timoteo—Luego don Floro debió poner en su discurso: «luchamos abnegados por hacernos independientes. . . . y libres.»

Yo—Eso es lo natural, Timoteo. Sigue.

Timoteo—«Era una necesidad política impuesta por la geografía de nuestro suelo; era una

aspiracion ardiente de nuestra *idiosincracia* nacional».

Yo—Lindo término para un discurso patriótico.

Timoteo—Escuche, escuche, que ahora viene lo mejor: «Era la sancion augusta de esa ley antropogénica que preside la evolucion de las razas uruguayas.»

Yo—Antropogénica! De las razas uruguayas. . . ? Ave María Purísima! como exclama el Secretario del Presidente *constitucional*.

Timoteo—«De las razas uruguayas, infiltrando en su sangre todas las esencias metálicas que brotan de nuestras rocas ígneas y metamórficas.»

Yo—Eso trae el discurso, ó estás embromando, Timoteo?

Timoteo—Embromando?—Lea su merced, y se convencerá.

Yo—¡Cuáná pedantería!

Timoteo—Estoy seguro que don Angel Floro sabe tanto como yo, que no sé nada al respecto, lo que son rocas ígneas y metamórficas. Pero por el prurito de aparecer como un sábio. . .

Yo—Hace lo de las cotorras. Continúa.

Timoteo—«Aquella primera época de justas gloriosas, en que nuestros padres marchaban á la victoria ungidos con el óleo santo de la confraternidad americana, y esa otra época más reciente que habeis cantado, en que los valientes cruzados uruguayos volvian al hogar de sus mayores, invadido por la invasion alevé de una monarquía exótica. . . .

Yo—Una monarquía exótica? Y por qué no extranjera? Exótica se dice con más propiedad de las plantas, voces, drogas, medicinas. . . y hasta de ciertos caletres que producen frutos raros; pero de las monarquías. . . .

Timoteo— . . . «Y ardiendo en ira juraban romper nuestras cadenas para azotar con ellas el rostro de los torpes invasores, constituyen nuestra egregia edad homérica.»

Yo—De la cual don Angel Floro es el cantor sublime.

Timoteo—«Representan la era ínlita de los grandes sacrificios, forman como el Génesis y el Exodo del Pentateuco de nuestra patria historia.»

Yo—El Génesis y el Exodo del Pentateuco de nuestra patria historia? Esto sí que es traído por los cabellos.

Timoteo—Cuanta erudicion. . . . á la violeta, señor amo.

Yo—El Pentateuco es aquella parte de la Biblia que comprende los cinco primeros libros del Viejo Testamento. Don Angel Floro no ci-

ta más que dos, el Génesis y el Exodo. ¿Y los tres que faltan para completar el Pentateuco?

Timoteo—Esos los escribirá don Floro.

Yo—Convenido; pero la comparación que hace no me parece exacta.

Timoteo—Y eso qué tiene? Lo que don Angel ha pretendido, en mi opinión, no es hacer comparaciones sino lucir su sapiencia. Y lo mismo que habla del Génesis y del Exodo, pudo haber hablado de la Trimurti indiana y del Zend-Avesta

Yo—Y de los libros sibilinos

Timoteo—Los saca á colación más adelante. Podría haber hablado de todo eso, saliera ó no por los cerros de Ubeda, con tal que los oyentes, cuya mayor parte se quedaban en ayunas, dijeran: qué hombre tan *enciclopédico* es el doctor don Angel Floro Costa, cuando tantas cosas sabe

Yo—Sigue leyendo.

Timoteo—«Como el hombre del período mioceno

Yo—Alabado sea Dios y el saber de don Angel.

Timoteo—«Como el hombre del período mioceno, nuestros padres llegaron á descubrir con alborozo el fuego, pero el fuego sagrado del patriotismo»

Yo—Llegaron á descubrir el fuego del patriotismo? Y dónde lo descubrieron, en algun antro tan profundo como la inteligencia de don Floro? Descubrimiento grandioso el de nuestros padres. . . . que no soñarían ser tan maltratados por el doctor Costa.

Timoteo—« . . . pero el fuego sagrado del patriotismo, que atónitos rivalizaron por conservarlo. . . .»

Yo—Atónitos? Nuestros padres, ó los hombres del período mioceno?

Timoteo—Nuestros padres. ¿Qué sería de nosotros si no lo hubieran descubierto? Y no solamente lo descubrieron, sino que «atónitos rivalizaron por conservarlo puro para transmitir su potencia vivificante á las generaciones venideras.»

Yo—Atónitos, esto es, pasmados ó espantados. Caracoles! Pues si al descubrir el fuego del patriotismo se quedaron atónitos, cómo se hubieran quedado al oír el estupendo discurso de don Angel?

Timoteo—Calcule su merced.

Yo—Ahí es nada! Comparar á los héroes del año 25 con los salvajes del período mioceno! Sublime idea! En nombre de los héroes, la patria debe agradecerse á don Floro.

Timoteo—Y obsequiarlo con un *Pentateuco* de

medallitas *metamórficas, idiosincráticas, prolíferas, igneas y antropogénicas*. «Cada pecho era pira ardiente, añade el orador; cada tumba se abría, quedaba como el dolman druidico; para traer á la memoria el recuerdo de un sacrificio heroico en aras de la Divinidad que se día con el bronce de nuestras cadenas».

Yo—Qué palabrería, *Timoteo!*

Timoteo—«Nadie habría creído entonces que ese fuego consagrado á mantener la eterna combustión del sentimiento nacional, debiera engar sus llamas devoradoras *ante las pasiones concomitantes* de nuestra dolorosa adolescencia».

Yo—Ante las pasiones concomitantes? Si eso hace reír, *Timoteo*.

Timoteo—Más adelante habla, como Man y Sostoa, de la *diamantina fibra* de nuestra raza y de los libros sibilinos del Destino, y del bernáculo de la nueva ley, y de eclipses y limbos de nuestra Libertad, y de los levitas otros tiempos, y de mil cosas que no son relatadas.

Yo—Solo por el gusto de *florearse*.

Timoteo—Así son los *Flores* de esta tierra como dije á su merced en otra ocasión. Pues escuche una fanfarronada, ó una *Floreada* de don Angel:—«Me basta que de tantos desastres se haya salvado siempre el honor nacional. Basta, en fin, con saber que somos el punto más jóven de la América, y que si hemos tenido réprobos y traidores en nuestro seno, hemos, en cambio, *conquistado el respeto del mundo con la esplendidez de nuestras hazañas, y legado al Calendario de la Libertad mayor número de mártires gloriosos que ninguna otra de las naciones latinas del nuevo continente.*»

Yo—Arrogante estás Fortun..... ¿Y no se acuerda nada de don Juan Carlos Gomez?

Timoteo—Trae algo muy chistoso—«El ha sido inspirado de otro tiempo, como los antiguos Duxes cuando arrojaban su anillo para desvincularse con el Adriático, ha querido también arrojar al Plata una saeta envenenada para divorciarse eternamente de su Patria.»

Yo—Si los Duxes arrojaban el anillo para divorciarse con el Adriático y don Juan Carlos arroja una saeta para divorciarse de su Patria, por qué emplea don Floro el adverbio comparativo? El poeta hace lo contrario de los Duxes—estos se casaban y el otro se divorciaba por consiguiente el *como* de don Angel....

Timoteo—Está reñido con la gramática y el sentido comun. «Compadezcámosle en sus delirios....»

Yo—Al doctor Costa?

Timoteo—No, señor, á don Juan Carlos

nia—«Compadezcámole en sus delirios, y deploremos la prematura decadencia de nuestra implacable Casandra.»

Yo—Cuánto disparatar! Primeramente el doctor Gomez tiene sesenta años; así es que su decadencia no puede ser *prematura*; y en segundo lugar, parangonarlo con una mujer, con la *inimitable* Casandra, cuando hay tantos falsos profetas con quienes comparar al *ilustre proscrito*... horror, horror, Timoteo!

Timoteo—Todo por *florarse*, amo mio, aunque siga el tiro por la culata. Y sigue—«No se arcabucea con frases más ó ménos rutilantes los grandes sentimientos de los pueblos.»

Yo—Arcabuceados debian ser algunos oradores pedantes.

Timoteo—«Tambien llega para los grandes petas, como para los astros que han brillado en el espacio por su luminosa incandescencia, un período fatal de enfriamiento precursor de ese período glaciario de que solo fueron testigos las yertas y silenciosas morenas y algunos de esos bloques erráticos que han azotado la viva frente de los grandes montes.»

Yo—Como canta el paisano:

Si esto no es hablar al fiudo,
Que venga Dios y lo vea.

Timoteo—«Si eso es así, señores, desdeñemos el ultraje, que acaso no quede mañana de esa Lira, coronada por tantas glorias, otro recuerdo en la Patria que la dió el ser...»

Yo—A la lira?

Timoteo—Es una metáfora, señor amo, «en la Patria que la dió el ser, que la impresion dolorosa que en su dorso...»

Yo—En el dorso de la lira?

Timoteo—Es otra metáfora, señor amo... que en su dorso ha producido el bloque errático, con que se anuncia ya el período glaciario de esa Musa ántes tan llena de vívidos fulgores.»

Yo—Bloque errático? Período glaciario de la musa?

Timoteo—Tambien son metáforas, señor amo.

Yo—Ni estas ni las otras lo son, sino disparates y tonterías. No me leas más, Timoteo.

Timoteo—Ni el final, amo mio? Escuche por favor—«Las grandes tradiciones y los grandes ejemplos han recibido del cielo la proliferación fecunda de la vida que se enseñoorea palpitante por todo el universo.»

Yo—El fin es digno del principio. Y recordar que el señor Angel Floro perteneció á la Comisión Censora del Certámen! Razon tenían los que le negaban competencia. Su discurso lo ha

probado suficientemente. ¡Vaya un buen gusto literario!

Timoteo—Pero qué se puede estrañar de un individuo que, en su inolvidable carta al Coronel Latorre, decia que el *pentágono* es el símbolo de la igualdad política y democrática; que los palacios son *prismas piramidales*, y las quintas *cubos* y las estancias *trapeacios*?

Yo—Ya recordó esa epístola.

Timoteo—«Los sofismas dejan sus sandalias ante la materialización del crédito,» ponía en ella don Angel Floro, con otros desatinos como el siguiente: «Un corredor de Bolsa es un higrómetro que mueve los músculos de sus orejas al menor rumor; que transmite eléctricamente cuanto dicen y cuanto oye». Si este es el lenguaje de don Floro, ¿por qué nos hemos de sorprender de su fraseología macarrónica?

Yo—Compadezco á los que tuvieron la desgracia de escucharlo.

Timoteo—Y qué dirá ahora el doctor don Alejandro Magariños, que levantaba sobre los cuernos de la luna á don Angel? ¿Qué dirá de la elocuencia de don Floro y de su discurso pedantesco?

Nada entre dos platos

Señor don Juan de las Antiparras.

Montevideo, Mayo 23 de 1879.

Mi querido Juan:

En los diarios que te remito leerás la descripción de las fiestas que se celebraron el 19 en la Florida, con motivo de la inauguración del monumento á la Independencia de la República.

Grande fué la concurrencia que asistió á ellas, pero hubiera sido mayor si se hubiese buscado, ántes que el apoyo oficial, el concurso del pueblo. Además, la época no está para fiestas de esa clase.

S. E. el Presidente *constitucional* brilló por su ausencia en la Florida. Esta fué otra de las causas que contribuyeron á que las fiestas fuesen ménos brillantes y animadas. Porque has de saber, amigo Juan, que nada tiene que ver el Gobierno con el Coronel Latorre;—el primero puede ser todo lo impopular que se quiera, en tanto que el segundo es cada dia más *prestigioso* y querido.

Es de sentir que S. E. no haya concurrido á la ceremonia de la inauguración. ¡Qué discurso nos hubiera espetado! Digo, qué discurso hubiera espetado al auditorio! Con cuánto placer hubiera sido escuchado S. E.! Cómo le hubie-